

Esperamos que en futuras ediciones se atienda de manera más específica al teatro novohispano, y ello no sólo por lo que se refiere a la fundamental figura de Sor Juana en el siglo XVII, que sí ha sido atendida en los libros anteriores, sino también en cuanto a la rica actividad dramática del siglo XVI en la que, además del teatro franciscano, destaca la obra de González de Eslava (al que tan sólo se dedicaron unas páginas en el primer volumen) y, en menor medida, de autores como Juan Pérez Ramírez o los jesuitas Bernardino de Llanos y Juan de Cigorondo. Por otra parte, la atención prestada a Vélez de Guevara en este libro nos hace augurar nuevos trabajos monográficos sobre otros autores españoles destacados como Timoneda, Juan de la Cueva, Rojas Zorrilla o el propio Tirso de Molina, apenas citado en los trabajos publicados hasta ahora.

Nos resta, en fin, esperar la publicación de las actas de este último congreso y desear largos años a esta asociación que ha conseguido mostrar cómo nuestro teatro áureo sigue teniendo plena vigencia en la investigación y en la práctica teatral actual.

BEATRIZ ARACIL VARÓN
Universidad de Alicante

MARTA GALLO, *Reflexiones sobre espejos. La imagen especular: cuatro siglos en su trayectoria literaria hispanoamericana*. Universidad, Guadalajara, 1993; 192 pp.

En este final de siglo, a punto de entrar en una nueva temporalidad, la imagen que los latinoamericanos proyectamos de nosotros mismos es diferente de la que proyectábamos antes o de la que otros (por ejemplo, el “primer mundo”) han construido. También es probable que nos veamos de otra manera, o que busquemos otra cosa en el espejo. El problema de nuestra identidad ha sido siempre acuciante, pero parece intensificarse en este momento de ceremonia simbólica de clausura.

La literatura, que registra y analiza lo que suele quedar fuera de los textos históricos, es un buen lugar al que acudir para reconstruir un itinerario de reflexiones sobre la identidad. En *Reflexiones sobre espejos* (desde ahora *RE*), Marta Gallo investiga el motivo del espejo en la imaginación hispanoamericana a través de algunos textos clave: en el período colonial, *El divino Narciso* de Sor Juana Inés de la Cruz; *Sangre patricia* de Manuel Díaz Rodríguez en la época nacional; la obra de Borges para cubrir la primera mitad del siglo XX; y, finalmente, *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos y *Terra nostra* de Carlos Fuentes, en la segunda mitad del siglo. Las épocas y procedencias geográficas dis-

tintas se proponen como abarcadoras, y la importancia del tema del espejo en ellas como decisiva, pero el intento historicista de *RE* no excluye otras obras, otras reflexiones posibles.

El espejo como motivo literario da lugar a un análisis tanto del proceso de reflexión (la materia reflejada, la superficie reflejante, el que observa o se observa), cuanto de las figuras creadas por el espejo, sean estas engañosas o verdaderas, o, como los ángeles, reflejos perdidos del cristal original, tergiversaciones de la memoria.

En *RE* se especula, primero, con las perplejidades de la reflexión especular: lo reflejado es engañoso, es verídico, es más verdadero que la verdad, es la verdad o su ausencia, es tiempo detenido y manipulado en metáfora. La expresión “reflexiones especulares” con que la autora nos hace participar del juego de la *doblez* del espejo significa, a la vez, “reflejos producidos por el cristal”, y “meditación o análisis del artista sobre los reflejos mismos”. Al entrar en el análisis de los textos literarios, el lector de *RE* sentirá que multiplica esa *doblez*: no podrá dejar de mirar y de mirarse, buscando lo cierto en lo falso, lo estable en lo cambiante, la trama de una historia. Escribe la autora, en el umbral del análisis:

Actitud mística o estética; introspección o ensimismamiento solipsista; vanidad o verdad; realidad de lo aparente, o mera apariencia de lo real, sobre todo en relación con las trasposiciones espacio-temporales: figuración de otro mundo sobrenatural, o revelación de la realidad; las reflexiones especulares despliegan toda clase de reflexiones especulativas; en el fondo de todo eso, el problema de la unidad en la multiplicidad. Los artificios del espejo plantean un sí que es no, una profundidad que no es sino superficie, una igualdad que no es idéntica, una pluralidad que no deja de ser unidad (p.14).

El análisis de los textos es meticuloso y revelador. Es este análisis, con sus asociaciones y resonancias, la parte más admirable de este libro; ningún resumen le hará justicia, así que sólo daré una idea muy general de los contenidos, a modo de invitación a la lectura.

En el capítulo dedicado a *El divino Narciso*, Marta Gallo muestra cómo en el espejo colonial convergen varias tradiciones en torno a una dualidad básica central: el hombre-Narciso enfrentado en el espejo al Dios-Narciso. La naturaleza humana refleja la imagen de Dios, salvo cuando el olvido, que anula el deseo humano de ser imagen de Dios, empaña el cristal.

Soledad (ausencia de Dios) y olvido (ausencia de historia) seguirán determinando las configuraciones de la identidad latinoamericana. Tulio Arcos, protagonista de *Sangre patricia*, es interpretado en *RE* como un anti-Ulises hispanoamericano: incapaz de asumir la historia familiar, que es su “destino sudamericano”, e incapaz igualmente de aceptar la privación del amor, Tulio se arroja al mar-espe-

jo, seducido por el canto de las sirenas. En esta novela ha desaparecido el Narciso divino, y quizá el humano, pero queda el miedo a la soledad, a la pérdida de la memoria, queda la figura incompleta que busca reflejarse en otra.

En el capítulo dedicado a Borges, los innumerables espejos borgeanos se sintetizan en la metáfora del duelo. El “duelo en el espejo” tiene por fin recuperar la identidad perdida. Los adversarios enfrentados son el hombre, por un lado, y el dios desconocido o enmascarado, por el otro. La unidad originaria sólo se recupera en la muerte, y por eso las diferentes versiones del tema de la búsqueda (tema central en la narrativa de Borges) terminan en reconocimiento y muerte.

En *Yo el Supremo* se analizan, a través de juegos especulares vertiginosos, los orígenes de la palabra: del lenguaje y de la narración misma. En una mezcla de personas, voces, repeticiones paródicas, superposiciones y ambigüedades, queda anulada la existencia de un dios detrás del espejo. La identidad buscada en Borges es aquí una imagen fragmentada, perdida desde el principio. Las palabras son trizas de espejos, y sólo hay palabras.

Pero la búsqueda persiste. *Terra nostra*, obra publicada casi al mismo tiempo que *Yo el Supremo*, se presenta como la réplica de un manuscrito perdido. Igual que las obras anteriores, *Terra nostra* es especular en varios niveles: los de la organización del texto, los temáticos, los lingüísticos, pero lo es de manera extremada. El mundo narrado es un sueño producido por otros sueños, dentro y fuera de la novela, de modo que todo es ilusorio y todo se reencuentra bajo otra figura que a su vez es réplica de otra, en vertiginoso juego de ilusiones.

Como la literatura es un espejo, porque refleja el mundo y el lenguaje, que a su vez refleja el mundo (más exactamente: nuestras representaciones del mundo), el espejo en el espejo es una revelación de aristas múltiples. Proponerlo como tema de un libro de crítica implica aceptar una teoría (visión) de la literatura y de la crítica, donde el texto literario, por conectarse directamente con la imaginación de una época, es producto cultural privilegiado, y la crítica —discurso mediador— sin dejar de ser análisis de textos, escribe su propia ficción explicativa: en este caso, la historia de una búsqueda de identidad.

Tal escritura tiene riesgos que Marta Gallo no elude ni fomenta: este libro está escrito con rigor, con la claridad de quien sabe lo que dice y más de lo que dice, y con la debida reticencia. Como pasa con los buenos libros, estimula, inquieta (los espejos son inquietantes) y propone una manera de mirar que en este caso es también, para el lector, una manera de mirarse.

GRACIELA REYES

University of Illinois at Chicago